



De la familia al pueblo: Espartero como arquetipo de la masculinidad progresista hasta el comienzo de su regencia (1793-1840) a través de sus biógrafos¹

Nacho Cavero Garcés

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)  

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.94362>

Recibido: 07 de febrero de 2024 / Aceptado: 08 de abril de 2024

Resumen: La imagen de Espartero fue un lugar común de muchas de las culturas políticas avanzadas de la España del siglo XIX, aunque fueron los progresistas quienes más la utilizaron por la propia filiación del personaje a este partido. Dentro de los usos de su figura, el de maestra de comportamiento es quizás uno de los más interesantes y quizás menos abordados. Así, el presente artículo explora cómo los diferentes biógrafos del duque de la Victoria, entre los años 1840 y 1870, construyeron una imagen de Espartero como el hombre ideal, de la mano del aura carismática que se le elaboró. Estas biografías muestran como el progresismo buscó legitimar, a través de Espartero, una masculinidad flexible que en ocasiones podía ser excesivamente viril, lo que la hacía entrar en tensión con la masculinidad normativa propia del contexto de la Europa posrevolucionaria.

Palabras clave: Espartero, siglo XIX, biografías, progresismo, masculinidad.

[ENG] From family to the people: Espartero as an archetype of progressive masculinity until the beginning of his regency (1793-1840)

Abstract. The image of Espartero became commonplace of many political cultures of 19th-century Spain, yet, it was the Progressivist who made more use of it due to his own personal affiliation. Among the uses of Espartero's image, that of a role model is perhaps the most interesting and the least addressed. Thus, the present article seeks to explore how the different biographers of the

¹ Este trabajo se inserta en el proyecto de investigación: «Género, política y emociones en el largo siglo XIX. Los tránsitos a la modernidad en España en perspectiva global» (TRAMOS), PID2022-139190NB-I00 financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Agradezco profundamente a Javier Ramón Solans los comentarios que realizó a una primera versión del texto, de los que se benefició enormemente.

Duke of la Victoria, between 1840-1870, built the idea of Espartero as the ideal man, infusing him with an aura of charisma tailored for him. These biographies show how Progressivism sought to legitimize, through Espartero, a flexible sense of masculinity, which could, at times, be excessively virile, setting it in contrast to the normative masculinity of postrevolutionary Europe.

Keywords: Espartero, XIXth Century, biographies, progressivism, masculinity.

Sumario. Introducción. La masculinidad progresista y la biografía de uno de sus prohombres 1. La familia nuclear y la familia nacional progresista 1.1. Espartero, Jacinta y la familia 1.2. Hijo del Pueblo, Padre de la Nación 2. Espartero, de hombre a mito 2.1. De la Mancha a América: la construcción del hombre 2.2. La Primera Guerra Carlista: la construcción del mito 2.3. La Revolución de 1840: la última regeneración 3. Epílogo: Espartero, la última regeneración 4. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Cavero Garcés, Nacho (2025). "De la familia al pueblo. Espartero como arquitecto de la masculinidad progresista hasta el comienzo de su regencia (1793-1840) a través de sus biógrafos". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 47(2), 399-414

Introducción: La masculinidad progresista y la biografía de uno de sus prohombres

La historia de las masculinidades es un campo de estudio relativamente reciente, el cual se dedica a historiar la construcción de lo "masculino" en relación con lo "femenino", pero también con otras identidades masculinas. Cómo, en definitiva, el género afecta a la construcción de subjetividades en los varones y a la configuración de relaciones de poder determinadas (Aresti, 2018 y 2020). Una primera conclusión importante que aportó este campo historiográfico fue precisamente el señalar que los hombres no se construyen ajenos a unas normas de género que, parecía, sólo afectan a las mujeres, sino que su identidad se articula igualmente en relación y diálogo con estas normas y también es posible historiar esos comportamientos, asociados a lo varonil, y que, en última instancia, se habían dado por "neutros" en la historia. Otra aportación relevante de la historia de las masculinidades es, precisamente, señalar ese plural de su nombre. No hay una única masculinidad, sino que son diversas y se construyen en diálogo, pero también en conflicto, unas con otras. Se elaboraron conceptos tales como "masculinidad hegemónica", "masculinidades subalternas", "masculinidad normativa", "masculinidades alternativas", "masculinidad moderna"... para describir, definir y nombrar unas relaciones de poder que iban más allá de la jerarquía hombre-mujer y complejizaban aún más las relaciones de género (Connell, 2005; Tosh, 2004; Mosse, 2001; Mínguez, 2022; Aresti, 2001).

La pluralidad de masculinidades permitió hablar, de esta forma, de diferentes modelos que emergían de los discursos políticos y de género elaborados por las distintas culturas políticas en pugna en un espacio geográfico e histórico concreto (Smith, 2004; Landes, 2004; Romeo, 2023). Así, de las pugnas políticas entre estos grupos se desarrollarían unos conflictos que, en multitud de ocasiones, se leían desde un prisma de género determinado, sacando a la luz una serie de discursos que "afeminaban" unos comportamientos específicos o hacían necesaria una "remasculinización" de ciertos valores de la comunidad nacional. Entonces, cada cultura política elaboraba, en diálogo y pugna con las otras, un modelo de masculinidad que encajaba dentro de su esquema político mental creado previamente. Este modelo, al mismo tiempo, entraba en conflicto con un modelo normativo de masculinidad, el cual era (y es) un ideal impuesto por los grupos dirigentes y que, en teoría, debía cumplir toda la comunidad. Sobra decir que este modelo normativo se encontraba en negociación constante, lo cual se podía materializar en luchas más o menos soterradas. Esta tensión entre el modelo real y el ideal podía generar importantes contradicciones entre estos grupos, al no ser posible adecuarse a un modelo que, en última instancia, era inalcanzable. En el contexto de la España posrevolucionaria, pienso que la cultura política progresista fue una de las que más fuerte experimentó esta tensión y contradicción, y que tuvo consecuencias políticas más destacables.

El progresismo fue una cultura política marcada en todo momento por una tensión entre su aspiración a la respetabilidad y su recurso constante a la movilización del pueblo y a las barricadas,

y esto, como se verá más adelante, se reflejó también en el modelo de masculinidad que intentaron legitimar y, en última instancia, imponer. Para ello, se utilizaron diferentes estrategias, las cuales fueron desde la prensa a la movilización popular o la literatura². En el presente artículo, se va a emplear otra de las más útiles fuentes de legitimación que utilizaron tanto el progresismo como otras culturas políticas: la elaboración de biografías laudatorias de personajes eminentes; en concreto, aquí se analizarán las de Baldomero Espartero, espadón progresista y mito nacional (Shubert, 2016). En estos panegíricos, la vida del personaje en cuestión se narraba como si fuera la de un santo laico, construyéndose una imagen idealizada y coherente en cuyos actos heroicos otros querían verse reflejados, e incluso los buscarían imitar. La figura de Espartero fue construida, deconstruida y utilizada por diferentes culturas políticas (Inarejos, 2013; De la Fuente, 2013), lo que la hacía un símbolo idóneo para representar unos valores masculinos que el progresismo quería legitimar.

Aunque no sea exactamente biográfica, la aproximación que aquí se realiza de Espartero sí que toma algunos presupuestos propios de esta metodología (Burdíel, 2000 y 2014; Burdíel y Foster, 2015). Desde el principio, no se piensa en ningún momento en un Espartero coherente e inmóvil en el tiempo, sino en múltiples sujetos que conviven en una misma trayectoria vital individual. Así mismo, y al contrario de lo que hacen las biografías estudiadas, la figura del duque de la Victoria no se aborda como una narración teleológica donde todas sus vivencias le llevan a lograr los éxitos que la historia parecía haberle preparado, sino que se le permite experimentar la incertidumbre del individuo que no tiene constancia de lo que ocurrirá al día siguiente. Partiendo de estos dos presupuestos básicos, en los textos analizados se ha buscado responder a algunas preguntas relacionadas con la construcción masculina de un Espartero ampliamente idealizado por el progresismo: ¿Qué valores se ensalzan y a quién favorecen? ¿Por qué esos valores y no otros? ¿Qué consecuencias tiene destacar estas características en la narración del personaje?

Es por eso que, lo que viene a continuación, no es una biografía, sino el análisis, desde una perspectiva de género y de la historia de las masculinidades, de los perfiles biográficos que de Espartero se elaboraron en el segundo y tercer cuarto del siglo XIX. La selección de las biografías abarca desde los años 40 a el año 70 del mismo siglo, contexto en el cual las culturas políticas españolas se definieron culturalmente, y participaron de la negociación y elaboración de los modelos de masculinidad y feminidad en la España posrevolucionaria (Bolufer, 2018; Ginger, 2008). El uso de algunas herramientas de la historia biográfica se debe a poder realizar una aproximación más crítica a estas trayectorias trazadas por sus biógrafos.

Como algunas historiadoras han demostrado, el diálogo entre historia biográfica e historia del género y de las masculinidades es fructífero para identificar líneas de fuga en las trayectorias personales de algunos varones (Sierra, 2012 y 2013; Bolufer, 2014), elaborando de ellos un perfil más inestable con la normatividad de lo que a primera vista pudiera parecer. Es con este espíritu con el que se realiza este artículo, buscando tensionar los marcos de género de un hombre que fue idealizado y convertido en modelo por una cultura política que buscaba legitimarse dentro de los lindes de una nueva sociedad en la que no terminaba de encajar del todo. Dentro de un gran bloque central único, en un primer apartado se aborda la construcción familiar de Espartero con Jacinta y las posibles tensiones que generó esta relación en el modelo familiar posrevolucionario y en la construcción masculina de él. A partir de aquí, se traza la trayectoria vital de Espartero hasta el final de la Revolución de 1840, pasando por los tres momentos que sus biógrafos consideraron cruciales y que aquí se han analizado como etapas en la construcción de su propio mito: su desarrollo como hombre, desde su nacimiento hasta el inicio de la guerra civil (1793-1833); la construcción del mito durante la Primera Guerra Carlista (1833-1840); y, por último, su coronación como regenerador de la patria, tras el abrazo de Vergara, pero sobre todo durante la Revolución de 1840.

Con todo esto, se pretende demostrar como la figura de Espartero fue utilizada por el progresismo para legitimar unas formas de ser hombre que colisionaban en multitud de puntos con la normatividad posrevolucionaria (Tosh, 2005 y 2007; Romeo, 2014). Aprovechando la fama y

² El uso de herramientas de la crítica literaria se ha demostrado muy útil para la historia de género y para la de las masculinidades, como ha demostrado Xavier Andreu para el republicanismo o el moderantismo: Andreu, 2012 y 2021.

la filiación del espadón hacia el progresismo, estos panegíricos analizados dan al personaje unas cualidades que, en última instancia, conectan con los modos de masculinidad de esa cultura política, con la intención última de justificarlos.

1. La familia nuclear y la familia nacional progresista

Desde los inicios de las mismas, las naciones modernas se imaginaron a través de metáforas familiares, muy poderosas para crear afinidades políticas y sentimentales (Hunt, 1992). Estas interpretaciones bebían de visiones de la comunidad política del Antiguo Régimen que entendían al rey como un “padre” que debía asegurar el bienestar de sus “hijos”; unos discursos que se complejizaron tras las revoluciones del siglo XVIII. Entonces, la comunidad nacional pasó a ser entendida como un agregado de familias encabezadas por un hombre, igual al resto de varones, que debía velar por la defensa de la nación a través de las armas y del voto, creándose de esta manera una relación explícita entre ciudadanía y familia (Andreu, 2011; Ngaire, 2005; Landes, 2004). La familia, por tanto, era la unidad social mínima posible en la Europa posrevolucionaria, y al confluir con la identidad de ciudadano, se convertía en una entidad política que exigía unos individuos cuya domesticidad se naturalizaba, al quedar sus identidades políticas supeditadas a la familia (Tosh, 2007; Romeo, 2014; Peyrou, 2011).

En los apartados que siguen, abordaremos la figura de Espartero desde este prisma familiar progresista, para explorar su doble construcción como hombre doméstico modélico, esposo cariñoso y familiar, y como arquetipo de hijo del Pueblo (con mayúsculas) progresista y, por ende, de la nación. La construcción retórica de Espartero como salvador de la patria al cerrarse la Guerra Carlista lo convirtió entonces en representación del hombre ideal progresista; en el predilecto hijo del Pueblo que había salvado a su “madre patria” de la regresión carlista primero, y moderada después, tras la Revolución de 1840.

1.1. Espartero, Jacinta y la familia

La vida familiar de Espartero comenzó tarde, aunque no por responsabilidad suya. Para todos sus hagiógrafos, sus periplos en las guerras americanas fueron un lugar donde pudo destacarse como el gran militar que era, y donde se ganó sus primeros honores como soldado. Sin embargo, también fue una barrera para la consecución del último de los laureles masculinos exigidos: la construcción de una familia. Gobernar una casa y formar una familia era la última prueba de virilidad exigida por la sociedad posrevolucionaria a los hombres para ser merecedores del estatus de ciudadano (Andreu, 2016).

De esta forma, pese a que Espartero había hecho gala de otras pruebas de virilidad, ganándose el respeto de sus iguales en los campos de batalla, hubo de esperar a volver de América para poder convertirse en “todo un hombre”. De hecho, en una de sus primeras biografías, se apunta a que él mismo buscó “en la vida doméstica el sosiego y el reposo que hasta entonces le habían sido prohibidos”³: la vida de cuartel y campaña se sustituye, momentáneamente, por la tranquilidad y el descanso de la vida familiar, deseo natural que siempre debió tener Espartero.

Por lo tanto, en septiembre de 1827, mientras se encontraba en la plaza de Pamplona por orden de Fernando VII, contrajo matrimonio con Jacinta Martínez de Sicilia, hija de un acaudalado comerciante de Logroño, quien era descrita, al igual que su marido, como el arquetipo perfecto de femineidad. Él, al igual que hizo en los campos de batalla, supo conquistar “el corazón de aquella hermosa señorita”⁴ y ella “supo con sus virtudes y bellas cualidades hacerle olvidar la injusticia de los hombres y los desengaños del mundo”⁵, cumpliendo de esta forma su papel que, como mujer, debía ostentar en la esfera doméstica, encargada en todo momento de velar por la paz dentro del hogar familiar al que acudía su marido, agotado de las lides del exterior.

³ s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia nacional del reino por una sociedad de ex-milicianos de Madrid*, Tomo I, Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1844, 73.

⁴ s/a, *Historia del general D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria y Morella, ex-regente del reino, con los sucesos más notables de su vida política*, Madrid, Imprenta de D. J. M. Mares, 1846, 7

⁵ s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia...* Tomo I, 1844, 73.

Gracias a Jacinta, Espartero se convirtió en “esposo cariñoso [y] tal vez en padre de familia”; al haber degustado ambos “la copa de la felicidad doméstica”⁶ alcanzaban juntos el estatus de normatividad masculina y femenina. Para el progresismo, y también para republicanos y demócratas, además el matrimonio debía estar basado en el amor, la virtud y el mérito, y tenía que partir de la voluntad de ambos cónyuges al mismo, y no del interés por la posición o la riqueza, lo que podía hacer ilegítima la unión. Por tanto, Espartero y Jacinta no sólo cumplieron el mandato natural al que estaban llamados, el matrimonio heterosexual, sino que también se adecuaron al ideal de marido y mujer construido desde el liberalismo radical y progresista que les iba a asegurar una feliz vida (Andreu, 2016; Peyrou, 2011). De esta forma, para estos aduladores, la construcción del duque de la Victoria como hombre modelo se podía dar por completada: era un hombre liberal, comprometido con la suerte de su nación y ahora, además, doméstico y familiar.

En el nuevo orden posrevolucionario, la identidad política de los ciudadanos (y por tanto su propia masculinidad) se basaba en su capacidad para formar y dirigir una familia y se esperaba que cada uno aportase a la relación lo propio de su natura. La relación con Jacinta, por tanto, al no mencionarse más que para estos apuntes, aparece únicamente para justificar el estatus de verdadero ciudadano de Espartero. Sin embargo, hoy, y gracias al trabajo de buenos historiadores, sabemos que Jacinta fue un pilar fundamental en la vida política y personal de Espartero (Shubert, 2016). Y es que sus cualidades no sólo se reducían a las “propias de su sexo”, como esperaban de ella los biógrafos del duque de la Victoria, sino que era una mujer culta e instruida, inteligente y con ideas propias, a quien Espartero acudía en busca de aprobación. Al igual que Espartero, otros hombres mantuvieron relaciones sentimentales con mujeres fuertes que escapaban del arquetipo de feminidad. Los ejemplos más conocidos y representativos puede que sean el del escritor de obras de teatro Bretón de los Herreros y Tomasa Andrés (Sierra, 2013), por un lado, y el del poeta romántico Gabriel García Tassara y la también poetisa Gertrudis de Avellaneda, por otro (Sierra, 2012).

Ambos, Bretón y Tassara, eran literatos que reprodujeron en sus obras unos arquetipos de mujer fuerte que muy probablemente debían de su propia experiencia con ellas, aunque con enfoques completamente diferentes. Tassara, un romántico adscrito al moderantismo salió bastante mal parado de su relación con la poetisa, o al menos con mal sabor de boca. Acostumbrado al trato con mujeres sumisas, se topó de bruces con la inteligencia y los “pensamientos varoniles” de los versos de Avellaneda (Sierra, 2012: 219). Inexperto en relacionarse con mujeres fuertes como Gertrudis, que se había ganado su lugar en los ambientes masculinos del Madrid romántico, utilizó su mala experiencia para construir una imagen bastante degradada de las mujeres que se informan, leen y opinan: la “politicómana”. Bretón, por su parte, aprovechó su propia experiencia para elaborar unas imágenes de masculinidad y feminidad muy diferentes, y que parecen apuntar a líneas de fuga dentro de los discursos normativos de género. Así, en las obras de Bretón de los Herreros, aparecen relaciones entre hombres débiles y sumisos, y mujeres fuertes y dominantes que no terminan en desgracia, sino que son precisamente sus cualidades no normativas las que les permiten alcanzar la felicidad. María Sierra apunta a que, probablemente, estos personajes contruidos por el escritor estarían basados en su propia experiencia con Tomasa, quien se tuvo que encargar de sus negocios en un momento en que él estuvo incapacitado por las críticas (Sierra, 2013: 37-40 y 2015).

La escasa información biográfica de Jacinta no nos permite afirmar que tuviera las cualidades viriles que ostentó Gertrudis de Avellaneda, o de encontrarse en la situación de tener que cargar con el peso de la carrera de su marido, como hizo Tomasa. Sin embargo, y gracias a la renovación biográfica de Espartero que hizo Adrián Shubert, cuya intención, como él mismo explicita, era haber podido hacer una doble biografía de Espartero y Jacinta, conocemos algunas facetas de la relación íntima de la pareja (Shubert, 2016). Sabemos, gracias a la extensa correspondencia que mantuvieron durante la Primera Guerra Carlista (1833-1840), que Espartero pedía la aprobación y opiniones de su esposa antes de tomar muchas de sus decisiones. Así mismo, cuando abandonó la vida pública, Jacinta controlaba los periódicos que el anciano duque de la Victoria leía, para evitar que se alterase con las noticias o artículos que se redactaban en la prensa. Todo esto sumado a su formación e intuición, así como a que vertía sin problemas opiniones políticas, tal

⁶ *Ibid.*, 79.

y como muestra Shubert (2016), nos hace intuir que Jacinta no se adecuaba exactamente al arquetipo de ángel del hogar, sino que tenía aptitudes que impulsaban ese molde de feminidad, que en ese momento se estaba negociando, hacia una complementariedad más equitativa de los sexos, aunque nunca igualitaria, como ha mostrad Burguera (2018 y 2023), igual que otras esposas de militares-políticos como Juana de Vega, condesa de Espoz y Mina, o Luisa Sáez de Viniegra, condesa de Torrijos (Veiga Alonso, 2023; Alvargonzález, 2021), quienes dedicaron su vida a conservar la memoria política de sus maridos, actuando incluso como sus biógrafas⁷, o las literatas arriba mencionadas.

Pese a todo, y aunque la voz de Jacinta queda acallada en las fuentes, como se decía más arriba, ya que todo lo que podemos saber de la relación de la pareja proviene de las cartas que él le envió a ella, si podemos inferir de aquellas que la relación de la pareja fue de afecto e incluso, por qué no decirlo, de amor sincero. Aunque hay que ser cuidadoso con los silencios en la documentación, creo que es posible afirmar que Espartero fue un marido cariñoso, que se preocupó por el bienestar de su esposa, y que no tuvo ningún problema en mantener una relación con una mujer fuerte e inteligente que escapaba de la normatividad femenina. La inclusión de la perspectiva de género en la aproximación biográfica a Espartero, por tanto, nos permite intuir que el famoso y aguerrido duque de la Victoria, valiente y bravo, descrito por sus hagiógrafos como un león que, sin miedo, se lanzaba el primero sobre sus enemigos en el campo de batalla, convivía con un hombre que, lejos de sentirse de menos con una mujer como Jacinta, pudo mantener una larga y afectuosa relación con ella sin que se intuyera un detrimento en su confianza personal⁸.

1.2. Hijo del Pueblo, Padre de la Nación

Como se ha apuntado más arriba, las naciones modernas se consideraron en su construcción como agregados de familias, concebidas a través de la unión fraternal de todos sus cabezas de familia. Además, la nación se representaba a través de poderosas metáforas familiares (Porciani, 2006) en las que estos *pater familias* ocupaban el rol de los hijos de la “madre patria”. De esta forma, la nación, transformada en madre a través de multitud de representaciones a lo largo y ancho del continente (Landes, 2001), debía velar por sus vástagos, los ciudadanos, quienes a su vez tenían el deber de defenderla por las armas.

Estas imágenes femeninas fueron variadas en Europa, y para España y su primera mitad del siglo XIX, fueron también múltiples, aunque compartieron una base común: la matrona con el pueblo español a sus pies, representado por un león (Andreu, 2011: 85). Para las culturas políticas avanzadas, y en concreto para los progresistas, los conceptos de Nación y Pueblo se entremezclaron y se utilizaron casi como sinónimos, por lo que estas metáforas familiares se complejizaron aún más, creándose representaciones curiosas en las que el pueblo podía ser hijo y padre al mismo tiempo, al engendrar hijos que, en última instancia, volvían a ser Pueblo. Para el progresismo isabelino, en la soberanía nacional estaba el origen de todos los poderes públicos, situada por encima de cualquier otro, incluso del de la Corona (Garrido Muro, 2019). El “pueblo soberano” de los progresistas era de esta forma sinónimo de la nación; un pueblo que se asemejaba en fondo y forma al ciudadano movilizad y vigilante del primer liberalismo y del primer republicanismo (Peyrou, 2008), el cual debía defender a la nación por las armas en tiempos de crisis y por medio de la elección de verdaderos patriotas en tiempos de paz, pero siempre alerta ante el peligro de degeneración (afeminamiento) de la patria. En las siguientes páginas se pretende abordar la construcción de Espartero como hijo predilecto de ese Pueblo ideal progresista, desde la perspectiva de la historia de las masculinidades.

La idea de Pueblo del progresismo entroncaba con un modelo de masculinidad viril compartida con el republicanismo y el liberalismo radical, basado en el del republicanismo americano y francés fraguado en las guerras revolucionarias de finales del siglo XVIII y el siglo XIX (Landes, 2004; Dudink y Hagemann, 2004; Andreu, 2023). Este modelo de masculinidad se definía a

⁷ Las viudas de estos héroes del progresismo jugaron un papel fundamental en la gestión y promoción de la memoria y el culto político de sus maridos, véase: Roca, 2023, 126-128.

⁸ Esta vertiente doméstica de Espartero es analizada para un contexto posterior, inmediato al Bienio Progresista en Zúñiga y Aquillué, 2024. Agradezco a los autores el haberme permitido consultar el trabajo antes de su publicación.

través de la participación de los hombres en política con las armas y los votos, ejemplificado en la figura del ciudadano constantemente movilizado y vigilante antes mencionada. Ésta era una forma tachada de *hipermasculina*⁹ por los otros representantes del liberalismo respetable: los moderados. El liberalismo posrevolucionario criticaba a sus antecesores el haber asociado estrechamente pasiones y virtudes, lo cual se había demostrado peligroso al sacar a la palestra a sectores sociales que no eran capaces de controlar sus emociones. Así, el nuevo ideal de masculinidad posrevolucionario definido ponía en el centro una serie de valores considerados “respetables”, asociados con la domesticidad representada en las clases medias (Tosh, 2007; Romeo, 2014). Este afeminamiento del modelo anterior no dejó de generar contradicciones dentro del progresismo, al considerarse a sí mismo un partido de orden que aspiraba a la respetabilidad. De esta forma, dentro de esta cultura política convivieron dos maneras de entender lo que significaba ser verdaderamente un hombre: una normativa, construida desde el prisma posrevolucionario y doméstico, comentado anteriormente y compartida en fondo con el moderantismo; y otra alternativa, un modelo militante, revolucionario y viril que bebía de la experiencia de sus miembros en las barricadas y de la movilización política de las guerras revolucionarias, coincidiendo con el republicanismo y el liberalismo radical.

Cada una de ellas se materializaba en momentos diferentes. En tiempos en que el progresismo se encontraba en el poder, la masculinidad alternativa militante y revolucionaria era criticada y apartada, pues no era necesaria. Sin embargo, en tiempos en los que la patria estaba en peligro, la virilidad desenfrenada y patriótica se hacía imperativa para evitarlo o, en el peor de los casos, para regenerarla (remasculinizarla). Esto habría ocurrido en 1808, también en las restauraciones absolutistas, durante la guerra civil y, por último, en la Revolución de 1840. Los agentes degeneradores de la patria fueron, respectivamente, los franceses, los realistas, los carlistas y los moderados. Todo esto apuntaría a un momento de “crisis de masculinidad” (Martykánová, 2017) en la que el ser hombre progresista estuvo en peligro (o se entendió que lo estuvo) frente a otros modelos, como el absolutista, el carlista o el moderado, considerados todos afeminados, o por la posibilidad de regresión de la nación. Esta idea de degeneración y regeneración de la nación queda explicitada en un artículo del *Eco del Comercio* de 1836, donde exige a los gobiernos firmeza en su hacer durante la guerra: “Estamos en el primer periodo de una *regeneración*, y en él los hombres que dirigen no tienen más destino ni más medio que proceder o sucumbir”¹⁰.

Para lo que aquí nos interesa, las biografías contemporáneas del duque de la Victoria muestran un intento de sublimar en su persona estos dos modelos de masculinidad, tratando de hacer del segundo algo tan válido y masculino como el primero. Tratar de conjugar, más allá de su imaginario político, una contradicción como era los valores de una clases medias llamadas a gobernar y los de un pueblo, en última instancia peligroso, pero del que debían proceder sus miembros. Al hacer de Espartero el hijo del Pueblo por excelencia, el modelo de masculinidad representado en aquel pueblo quedaba validado por la fama e importancia de su figura.

2. Espartero, de hombre a mito

2.1. De la Mancha a América: la construcción del hombre

Espartero nació en una familia humilde. La falta de recursos es ya, de entrada, sintomática de su condición popular, por lo que se repite constantemente en sus biografías: “[E]l 27 de febrero de 1793 en el pequeño pueblo de Granátula, provincia de la Mancha, nació de Josefa Álvarez, muger de Antonio Fernández Espartero, honrado artesano, el hijo del pueblo llamado Joaquín Baldomero”¹¹. La pobreza de sus orígenes se ensalza como una virtud innata y se relaciona

⁹ Los conceptos de hipermasculinidad e hipomasculinidad han sido desarrollados en la sociología, y se refieren a un exceso o falta de virilidad respectivamente. Una aplicación de los conceptos al caso español en Martykánová, 2017.

¹⁰ *Eco del Comercio*, 29 de marzo de 1836, n° 699.

¹¹ Mariano Orabieta, *Vida militar y política del general Espartero*, Madrid, Imprenta de D. Severiano Omaña, 1844, 3.

directamente con un Pueblo idealizado, el cual es siempre pobre, pero también honrado. Necesidad se relaciona con moralidad, y esto es algo de lo que Espartero es consciente desde el mismo día de su nacimiento, lo que destacan sus biógrafos señalando la cuestión de sus apellidos: él debió llevar primero el de su padre, Fernández, y no el apellido materno, Espartero. Todos estos textos apuntan que sus enemigos le acusan de que cambió el orden a posteriori para ocultar unos orígenes aristocráticos, pues el apellido de su padre se relacionaba con la nobleza. Sin embargo, también todos coinciden en señalar que no es cierto que quisiera ocultar nada, ya que usaba el apellido materno desde, al menos, los trece años¹². Uno de sus biógrafos incluso se atreve a señalar que el cambio fue consciente, ya que “Espartero cuadraba mejor con la sencillez de costumbres y la pobreza de una familia radicada honrosamente en un pueblo, cuyos hijos en su mayoría ejercen para mantenerse entre otras industrias humildes, la más pobre de todas, la de *esparto*”¹³. Otros críticos, en cambio, apuntan a todo lo contrario, que el cambio fue para ocultar la “poca elevación de su estirpe”¹⁴. Sin ponerse de acuerdo en el tema del apellido, todos aciertan a coincidir en que es su honradez y humildad lo que lo convierten en un digno hijo del Pueblo (Díaz Marín, 2015). Necesidad y elevación moral se unen constantemente, de una manera casi obsesiva, creando de esta forma una fantasía popular en la que la pobreza se convierte en ideal si de esta forma se alcanza la virtud deseada (Scott, 2006).

La primera prueba de virilidad de Espartero le llegó relativamente pronto, cuando en 1808 daba comienzo la invasión napoleónica de España. Sin dudar ni un momento, como dejan claro sus biógrafos, Espartero se “inflamó de entusiasmo patriótico” y abandonó sus estudios en el seminario para coger el fusil y la cartuchera junto con muchos de sus compañeros¹⁵. Sus condición popular se mantuvo una vez se alistó en 1809. Entrando como soldado raso, “el hombre todo Pueblo en Granátula, fue Pueblo en el ejército también”¹⁶, destacando rápidamente pues fue seleccionado para entrar en la Academia Militar de la Isla de León, donde comenzaría su formación reglada como oficial. En la guerra de la independencia no se destaca ninguna gran heroicidad del futuro duque de la Victoria, pero si es un escenario aprovechado por los escritores para ensalzar la masculinidad de unas virtudes que ya destacaban en su persona. Se insiste constantemente en el valor y heroísmo con el que combatía, así como en el arrojo y la serenidad que demostró y que le valieron elogios por parte de sus oficiales. El joven Espartero demostró en su escaso tiempo de formación, pues, que defendería la libertad de su patria con su vida si era preciso, unas virtudes muy deseables por esa masculinidad revolucionaria propia del liberalismo avanzado, y que a la postre tenía sentido en el contexto que describían: la patria en peligro.

Fueron, por último, esas virtudes masculinas, de los españoles y de Espartero, las que lograron al final vencer a los franceses en los campos de batalla: “su altivez y arrogancia habían costado harto cara a los nietos de San Luis [...]. El patriotismo del pueblo español a todo había suplido”¹⁷. El Pueblo español había demostrado ser digno de la libertad que se había ganado con su sangre, por lo que fue aún más inesperada la degradación que siguió a la victoria: “terminada la guerra, pudo Fernando VII regresar a su regio alcázar, gracias a los esfuerzos de un pueblo a quien dio en pago el despotismo y la tiranía”¹⁸. Lo que siguió fue la represión a ultranza del liberalismo y de la libertad, con la cual Espartero, compungido seguramente, entenderían sus hagiógrafos, decidió poner “entre su persona y los horrores de la tiranía un Océano por valladar, como cumplía verificarlo al hombre que andando el tiempo había de venir a ser el principal sustentáculo de la Libertad de su Patria”¹⁹. Por tanto, marchó a las Américas al finalizar la Guerra de la Independencia, donde

¹² Alejandro Cardeñosa, *Vida Militar y Política de Espartero. Escrita en vista de cuantas se han escrito hasta el día*, Barcelona, Imprenta y Librería de la Viuda e Hijos de Mayol, Tomo I, 1846, 2.

¹³ s/a, *Espartero. Su pasado, su presente, su porvenir. Por la redacción de El Espectador y el Tío Camorra*, Madrid, Imprenta de D. Julián Llorente, 1848, 9.

¹⁴ s/a: *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia...* Tomo I, 2.

¹⁵ s/a, *Historia del general D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria y Morella...*, 6.

¹⁶ s/a, *Espartero. Su pasado...*, 9.

¹⁷ s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia...* Tomo I, 7.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ s/a, *Espartero, su pasado...*, 11.

continuó demostrando su bravura, valor y heroísmo, y donde sin rehuir el combate, sirvió como militar a una patria que sabía y subyugada por el peso del absolutismo fernandino, a la espera de que la libertad en los corazones del Pueblo español ardiera de nuevo.

Los biógrafos contemporáneos de Espartero no dudan ni por un momento de su ferviente liberalismo desde que se proclamó en Cádiz la Constitución de 1812. Alguno incluso apunta a que, en 1820, en América, se declaró ferviente defensor del texto gaditano²⁰. Hoy, Adrian Shubert pone en duda estas afirmaciones tan tajantes y señala a que, aunque quizás podía no haber contradicción entre monarquismo y liberalismo en él, la defensa de la autoridad política existente pesaban más en su hacer, pues llegó incluso a denunciar a las autoridades absolutistas una conspiración liberal cuando se encontraba en Pamplona, en 1826 (Shubert, 2016). Este acto evidentemente es silenciado por sus hagiógrafos, quienes dibujan en todo momento un Espartero coherente y ardientemente liberal, un hijo del Pueblo que en ningún momento tuvo mancha en su camisa, más que la de su sangre, que siempre vertió en defensa de sus hermanos y de su madre patria. La defensa de la libertad era una cualidad ineludible en un hombre liberal progresista, y este hecho habría ensuciado su reputación para siempre y, en última instancia, la del progresismo que quería ensalzar y utilizar su figura para justificar un modelo de masculinidad asociado por sus detractores con el descontrol de las emociones. La coherencia del personaje debía ser total.

Espartero retornó a la Península Ibérica habiendo hecho fortuna, igual que muchos otros de sus compañeros que lograron grandes ascensos en la época de las guerras revolucionarias y de liberación americana, los cuales los convirtieron en ejemplos a imitar (Cañas de Pablos, 2022). La carrera que había construido era, según los autores, producto de su valor y su pericia, y no consecuencia de la fortuna como le acusaban sus detractores. En Espartero se ve a un Cid, un Colón o un Pizarro que comprendió que la búsqueda de la gloria era “el bello ideal, base de las acciones ilustres” y fue, pues “su valor, su sangre derramada en los combates, su decisión, su energía...” lo que le aseguró sus ascensos, y no la providencia²¹. La imagen del hombre doméstico y familiar descrita anteriormente y que se impuso en el orden posrevolucionario se completaba en este contexto con la del hombre hecho a sí mismo. El progresismo y el liberalismo radical no veían un problema en la riqueza siempre y cuando esta hubiera sido conseguida de manera honrada, colocando así en el centro la superioridad moral de una clase media algo indefinida llamada a gobernar (Pan Montojo, 2006; Fuentes, 2006; Sierra, 2007). La virtud, por tanto, es una pieza fundamental dentro de la construcción de la masculinidad normativa posnapoleónica (Tosh, 2005 y 2007), y el Espartero aquí descrito cae dentro de estos ideales de hombre virtuosos hecho a sí mismo que, habiendo ascendido poco a poco gracias a su esfuerzo, podría influir e inspirar a otros. Hecho, además, gracias a unos valores que eran fácilmente asimilables por los liberales revolucionarios, como la bravura o la virilidad desbocada, haciendo que convergieran en su figura ambos ideales de masculinidad que personificaba el progresismo: el hombre doméstico y el militar liberal revolucionario.

2.2. La Primera Guerra Carlista: la construcción del mito

En los textos que estamos tratando, la construcción de Espartero como hombre modelo se da por concluida al comienzo de la primera Guerra Carlista; y es a partir de este momento cuando comienza a levantarse el hombre arquetípico, el ideal, el mito masculino progresista.

Es durante la guerra cuando continúa demostrando su valor, su bravura y su pericia militar, pero además es cuando su figura comienza a utilizarse como inflamadora de las pasiones y como creadora de emociones, mientras continúa insistentemente ubicándose a la altura del Pueblo, de donde procedía. Es en los discursos de Espartero a sus tropas, en sus acciones en primera línea de batalla junto a sus soldados y la igualdad con la que aparentemente los trata donde todo converge y emerge un héroe mítico que, en última instancia, nunca deja de ser la representación de dicho Pueblo. Espartero es presentado durante la guerra como la única esperanza de la nación, y todo lo que hace está orientado a cumplir ese mandato, que es casi divino. Pero es en la acción

²⁰ Mariano Orabieta, *Vida militar y política...*, 4.

²¹ s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia...*, Tomo I, 65-66.

de Luchana donde todo se une para convertirlo, ya definitivamente, en el primer campeón de la patria. El sitio de Bilbao es el verdadero punto de inflexión de la construcción mítica de Espartero. En medio de una fortísima ventisca, las tropas cristinas no son capaces de poner fin al asedio al que los carlistas habían puesto a Bilbao. Sufriendo dolores provocados seguramente por piedras en los riñones, el “intrépido Espartero” saltó de la cama impulsado por su deber de salvar a la patria y se lanzó al combate en el cual su sola presencia prácticamente truncó los esfuerzos carlistas²². La suerte de la nación dependía de él y “Espartero lo comprende”, pues pasa a colocarse al frente de un ejército al que ha devuelto las energías en un momento de completa desesperación²³. El día en que concluye la acción, el 25 de diciembre, se utiliza de manera simbólica: durante la mañana de Navidad, mientras Espartero entraba en Bilbao, la regeneración de la nación se completaba. Él ha arriesgado su vida y, gracias a ello, ha conseguido esta y todas las victorias que le otorgan la fama y los títulos, pero estos panegíricos insisten en que es su viril condición en circunstancias totalmente adversas, como la de Bilbao, lo que le asegura la popularidad y su lugar como predilecto hijo del Pueblo (Díaz Marín, 2006).

La liberación de Bilbao, además, dio un contexto para que las emociones pudieran expresarse legítimamente. Para el primer liberalismo, las emociones tenían cabida en la identidad masculina, incluso sin que existiera la necesidad de constreñirlas al ámbito doméstico. El liberalismo posrevolucionario, por su parte, elaboró unas nociones de hombre y de mujer de naturalezas diferentes: el primero, racional y público; la segunda, emocional y privada (Andreu, 2011; Romeo, 2014; Peyrou, 2019). Con este esquema, tanto moderados como progresistas “afeminaban” el modelo de masculinidad previo, al no ser capaz de mantener sus emociones bajo control. Sin embargo, para el progresismo y para diversos grupos profesionales, la expresión controlada de emociones provocadas por causas justas se legitimaba, sacándose del ámbito privado (Sierra, 2015; Andreu, 2017 y 2023; Dos Santos, 2023). Así, la heroica acción de Luchana que protagonizó Espartero abrió un momento en el que las lágrimas no estaban mal vistas en los rostros de los hombres. La mañana del 25 de diciembre “viéronse allí aquellos aguerridos veteranos y denodados nacionales que habían desafiado al peligro [...] dejar señalado en las mejillas el surco de una lágrima que se escapaba de sus ojos”, e incluso al propio Espartero se le permitió participar de este contexto emocional²⁴. Se insiste en los peligros experimentados y en el valor con el que los enfrentaron, mas esto no impide que sentimientos puros emerjan en ese contexto de alegría en que la nación se ha salvado. Cuando la noticia llegó al Congreso, la incontinencia de las emociones también se volvió imposible por parte de los diputados. En un templo de la razón, como era el Parlamento, los aplausos interrumpieron el parte de guerra, y muchos no pudieron “contener los sentimientos que abrigaban sus pechos [y] pronunciaron brillantes improvisaciones”²⁵. La salvación de la patria, tal y como se entendió la liberación de Bilbao, dio espacio a un momento de expresión legítima de estos sentimientos. Llorar por una razón adecuada como aquella, era una muestra de virilidad, no de feminidad, al alinear estas lágrimas con una causa justa y elevada.

El fin de la guerra en el norte es otro de los puntos culminantes en las narraciones sobre Espartero y que dibujan ese aura que todo lo puede, hasta reunir en uno sólo al Pueblo que la contienda había separado. El 31 de agosto de 1839 ocurre en Vergara la firma de la paz entre Maroto y Espartero, que puso fin a siete años de guerra en el norte del país. La firma se cerró con un poderoso abrazo, el cual rápidamente fue imitado: “mezclados sin distinción los gefes, oficiales y soldados de ambos ejércitos, repiten el ejemplo que acaban de darles sus generales” construyendo una “escena que presenta esa transición tan grande, tan heroica y tan propia de los pechos españoles”²⁶. El simbolismo del Abrazo de Vergara encierra en la mitificación de Espartero una fuerza sin igual, pues logra, de esta manera, reunir en un mismo cuerpo un

²² s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia nacional del reino por una sociedad de ex-milicianos de Madrid*, Tomo II, Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1844, 112.

²³ s/a, *Historia del general D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria y Morella...*, 16-17.

²⁴ s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia...* Tomo II, 124-125.

²⁵ *Ibid*, 138

²⁶ *Ibid*, 529.

Pueblo que estuvo dividido por siete largos años de guerra civil. Este hecho le valdrá el título de “el Pacificador”, pero, además, les sirve a sus hagiógrafos para convertirlo en padre del recién nacido Pueblo. Él, “hijo humilde del pueblo, nacido de una pobre aldea [...], atento sólo al bien de su patria, sin perder nunca de vista en sus enemigos la condición de españoles”²⁷ había logrado reunificar a la patria de nuevo, convirtiéndose así en padre de la nación y logrando de esta manera ser su único intérprete. De esta manera, la metáfora familiar termina por complejizarse del todo convirtiendo al hijo predilecto del Pueblo, ahora, en padre del Pueblo totalmente regenerado²⁸. Lo que inició en Luchana se completa definitivamente en Vergara.

2.3. La Revolución de 1840: la última regeneración

Sin embargo, el término de la guerra no puso fin a la degradación de la nación, pues otros enemigos se alzaban ante ella, una vez la amenaza carlista fue derrotada. En 1840, Espartero acabó definitivamente con los últimos reductos en el Maestrazgo y en Cataluña, pero la sensación de reacción y retroceso no desapareció, producto ahora de unos falsos patriotas que “blandían sus armas traidoras contra la Constitución [...], secundados en sus planes por la reina Cristina”²⁹. Los falsos patriotas a los que hacía referencia el texto eran los liberales adscritos al moderantismo, que llevaban desde 1838 impulsando una serie de medidas de corte conservador destinadas a expulsar al progresismo de los espacios en los que se había hecho fuerte: la prensa, la Milicia Nacional y los Ayuntamientos. La necesidad de regenerar la patria era ahora tan acuciante como lo había sido durante la Guerra Carlista y sólo Espartero, como nuevo padre de la nación, podría ser capaz de interpretar sus deseos y cumplirlos. El 1 de septiembre de 1840, Madrid se declaraba en rebeldía contra el gobierno central, y a la capital le siguieron prácticamente todas las ciudades y pueblos de la península (Garrido Muro, 2016; Pérez Núñez, 2014; Cañas de Pablos, 2016). Este grito de libertad produce que la capital se convierta en un “imponente campamento” con los milicianos nacionales preparándose para entregar sus vidas por la patria³⁰. La crisis ha provocado la emersión del ciudadano soldado, el modelo de masculinidad que los progresistas enarbolaban en momentos de necesidad: había llegado “el momento supremo de derramar su sangre y hacer por la libertad el sacrificio de sus vidas”³¹. Los moderados, pero concretamente los ministros de María Cristina, habían “desmoralizado el país empleando toda clase de medios, la violencia, el soborno...” ya que habían presentado “el funesto proyecto de ayuntamientos, cuyo espíritu y letra barrenan por su base la ley fundamental”³².

La desmoralización de la nación que produjo la Ley de Ayuntamientos se puede entender, sin hacer demasiados esfuerzos, desde la óptica de las masculinidades como un proyecto de ley que, literalmente, afeminaba a los ciudadanos (hombres) españoles. La nueva norma entregaba el control de los ayuntamientos al gobierno, al depender los consistorios directamente del jefe político, nombrado desde Madrid. La cuestión principal del conflicto se encontraba en el grado de centralización que debía tener el Estado liberal en construcción: los moderados creían que los ayuntamientos debían depender completamente del Ejecutivo, mientras que los progresistas, sin abandonar el Estado centralizado, apostaban por una dependencia dentro de lo razonable, una suave descentralización que permitiera a los consistorios ejercer sus atribuciones en beneficio de los intereses de los pueblos (De Castro, 1979; Pérez Núñez, 1996). El artículo más polémico y que hizo agitarse todo fue el 45, que establecía que el rey escogería al alcalde de entre los concejales más votados, una agresión directa a la Constitución de 1837, progresista, y

²⁷ Manuel Hiráldez y José Trujillo, *Espartero: su vida militar, política, descriptiva y anecdótica*, Madrid, Espasa Hermanos, Tomo II, 1870, 6.

²⁸ La idea casi obsesiva de regeneración fue una constante en el progresismo para explicar el cambio histórico, siempre acompañado de la idea de remasculinizar a los españoles, al Pueblo, y conecta con la “crisis de masculinidad” arriba descrita. Sobre esta idea véase, Zurita, 2014, 342-345

²⁹ Manuel Hiráldez, y José Trujillo, *Espartero: su vida militar...*: 9.

³⁰ *Ibid*, 43.

³¹ *Ibid*.

³² *s/a, Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia nacional del reino por una sociedad de ex-milicianos de Madrid*, Tomo III, Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1844, 262.

en concreto a su artículo 70, que establecía que, para el gobierno interior de los pueblos, habría ayuntamientos nombrados por los vecinos autorizados por la ley. Esto, desde el prisma de la masculinidad revolucionaria y progresista, suponía una degeneración (afeminamiento) total de los hombres de la nación. El hecho de que el moderantismo arrebatase el derecho a elegir los alcaldes a los vecinos de los pueblos suponía una corrupción de su identidad como ciudadanos (Flaque, 2007; Peyrou, 2007) y, por ende, hacía necesaria su regeneración (virilización) a través del levantamiento revolucionario de 1840.

La “crisis de masculinidad” que se vivió desde el liberalismo avanzado sería una de las razones que, en última instancia, provocaron la revuelta municipal que fue a acabar con sus agentes corruptores: los moderados y la regente María Cristina. La revolución se había hecho necesaria porque “era preciso hacer por purgar a la España de influencias extrañas que la enderezaban a su perdición [...] y esto reclamaba indispensablemente fuerza y organización, pues con fuerza y organización [...] se restituiría la paz en los corazones”³³. Según los revolucionarios, la marcha de la reacción se habría parado una vez la revolución se consumó, y más aún cuando Espartero se negó a reprimirla, ignorando las órdenes de la regente. Como interprete único de los intereses de la nación, como padre de esta nueva patria regenerada, el duque de la Victoria podía negarse a cumplir la orden de María Cristina que le obligaba a dañarla, la cual, además, se había convertido en agente degenerador y, por tanto, en indigna madre de la patria. La regente, por último, no sólo “ha sido débil y ha comprometido el sosiego del reino” al no ser capaz de rechazar los malos consejos de unos ministros reaccionarios, sino que además había roto uno de los pilares fundamentales del sistema, el familiar, al casarse con Fernando Muñoz; “la inhabilidad que se suponía a doña María Cristina por su matrimonio clandestino”³⁴ la hacía mala esposa, mala madre y, por tanto, corruptora de su “sexo” y de su naturaleza como mujer. Todas estas acciones hacían a la regente indigna madre de la patria que Espartero había regenerado en los campos de Luchana y que reunió en Vergara en un único cuerpo; el exilio era imperativo, el cual se consumó el 12 de octubre.

3. Epílogo: Espartero, el regenerador.

Una vez la patria estuvo a salvo, cuando la crisis se superó y el peligro de involución quedó atrás, el partido progresista accedía de nuevo al poder. Los métodos empleados para conseguirlo habían sido los propios de una cultura política que, al final, quedaba fuera de los márgenes de la sociedad posrevolucionaria. Para el progresismo, esta fue siempre su losa: su llegada al poder no pudo darse en ningún momento más que por el recurso a las armas y a la barricada, una característica que, para el resto del liberalismo de orden, lo acercaban al primer liberalismo, hacía tiempo superado. Esto, sin embargo, no era una contradicción, sino que entraba dentro de su coherencia interna como cultura política, como hace tiempo demostró Romeo (1998). El recurso a las armas quedaba justificado en un momento en que la nación se encontraba en peligro. Una vez retornada la seguridad, las armas debían guardarse, siempre listas para volver a sacarse si la patria lo requiriese.

En octubre de 1840 esta regeneración de la patria se completó, cuando María Cristina se subió al vapor *Mercurio* rumbo al exilio. A continuación, el vacío de poder generado por su marcha debía llenarse y, en medio de una revolución todavía por concluir, dos propuestas se pusieron sobre la mesa. Una solución desde abajo, defendida por el sector más avanzado del progresismo, que buscaba cerrarla mediante la reunión de todas las Juntas en una Central, reuniendo en Madrid todos los poderes constituidos en las provincias. La otra, defendida por el sector más moderado y de orden del partido, buscaba cerrar la revolución por arriba a través de una regencia. Con esta última se alineó desde el inicio de la Revolución el duque de la Victoria, aunque los partidarios de la Junta Central nunca cejaron en sus esfuerzos por atraérselo a su bando. La sombra y la fama de Espartero eran muy largas.

Finalmente, la Junta Central no llegó a convocarse, y la idea de la regencia se impuso como solución al problema de qué hacer con el poder. Todo llegó a su clímax definitivamente en 1841,

³³ Manuel Hiráldez y José Trujillo, *Espartero, su vida militar...*, 42.

³⁴ s/a, *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la ex-milicia...* Tomo III, 291-292.

cuando Espartero fue nombrado regente único del reino. Era la elección lógica, viendo la trayectoria que había llevado durante la Guerra Civil, y que se ha analizado en este texto: de hombre a mito, y de mito a regenerador y padre del nuevo Pueblo reunido gracias a su espada y a su mérito. Ahora, siendo el duque nuevo regente del reino, la degeneración de la patria, amenazada por los moderados, podría darse por esquivada definitivamente. Pero, antes de su llegada a la regencia, el poder tras la revolución se organizó a través de una Regencia provisional, de la que ya formaba parte Espartero, que vino a suspender vía decreto las juntas provinciales (Moliner Prada, 1997).

¿Qué quiero decir con esto? Pues precisamente que el modelo de masculinidad enarbolado durante la revolución, el del miliciano/ciudadano dispuesto a morir por la patria, era únicamente utilizado en esos momentos de crisis, nunca cuando la paz se asentaba de nuevo. Y es aquí donde encontramos una de las diferencias más notables con otras culturas políticas avanzadas, como el republicanismo o el liberalismo revolucionario. La movilización constante del modelo de ciudadano soldado del radicalismo chocaba con la movilización únicamente en momentos de necesidad del progresismo. En este caso, igual que en 1836, la suspensión de las juntas en 1840 suponía del mismo modo la supresión de esta faceta del modelo de masculinidad progresista. Ya no era necesario y Espartero, como nuevo regente y padre de la nación, se aseguraría de que nunca más lo fuera. Esa era ahora su labor como *pater familias* de todos los ciudadanos.

Como se ha tratado de demostrar en este artículo, la figura de Espartero fue utilizada por el progresismo, a través de las biografías laudatorias, para justificar un modelo de masculinidad concreto. Gracias a la transversalidad de la enorme fama y popularidad de Espartero, esta cultura política pudo legitimar frente a diversos estratos de la sociedad ese modelo que, en última instancia, hacían personificar al duque de la Victoria. Este modelo, dual, como también lo era la práctica política y discursiva del progresismo, buscaba encontrar un equilibrio entre el ciudadano doméstico y respetable de la sociedad posrevolucionaria con el ciudadano/soldado de virilidad desbocada del primer liberalismo, impropio para el liberalismo respetable. Este equilibrio lo encontró en la fluidez, a través de la búsqueda de contextos concretos en los que hacer legítimo el segundo modelo, el cual procedía a afeminar, igual que hacía el moderantismo, cuando se sacaba a la luz en momentos impropios en los que la patria no se encontraba en peligro. Para los escritores de estas biografías, y también para el progresismo, Espartero, como hijo predilecto de la nación primero, y como personificación de la misma después, sublimaba estos dos modelos, al ser capaz de utilizar uno u otro en beneficio del país—siendo un hombre respetable, doméstico, en momentos de paz; y a la vez ciudadano/soldado, militar patriota cuando la nación lo requiera—.

4. Referencias bibliográficas

- Alvargonzález, Manuel (2021): *José María de Torrijos y Uriarte. Más allá del cuadro de Gisbert*, Madrid, Sílex.
- Andreu, Xavier (2011): “Retratos de familia (nacional): discursos de género y de nación en las culturas liberales españolas de la primera mitad del siglo XIX”, en Ismael Saz y Ferrán Archiles, eds., *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ.
- Andreu, Xavier (2012): “La mujer católica y la regeneración de España: género nación y modernidad en Fernán Caballero”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42 (2), pp. 17-35. Disponible en <https://doi.org/10.4000/mcv.4514>
- Andreu, Xavier (2016): “Tambores de guerra, lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo”, en Aurora Bosch e Ismael Saz, eds., *Izquierdas y derechas ante el espejo: culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 91-118.
- Andreu, Xavier (2017): “Nación, emoción y fantasía: la España melodramática de Aygualas de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma, serie V*, 29, pp. 65-92. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.5944/etfv.29.2017.19068>
- Andreu, Xavier (2021): *España o la hija de un jornalero: Wenceslao Aygualas de Izco y el primer republicanismo*, Madrid, Marcial Pons.
- Andreu, Xavier (2023): “Hacia una España viril. Las masculinidades patrióticas del liberalismo revolucionario”, en Darina Martykánová y Marie Walin, eds., *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 97-118.

- Aresti, Nerea (2001): *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de masculinidad y feminidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, UPV/EHU.
- Aresti, Nerea (2018): "La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos", en Henar Gállego, ed., *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, pp. 173-194.
- Aresti, Nerea (2020): "La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género", *Ayer*, 117, pp. 333-347. Disponible en: <https://doi.org/10.55509/ayer/117-2020-13>
- Bolufer, Mónica (2014): "Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres" *Ayer*, 93, pp. 85-116.
- Burdiel, Isabel (2000): "La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica" en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma, eds., *Liberales, agitadores y conspiradores*, Madrid, Espasa.
- Burdiel, Isabel (2014) "Dosier. Los retos de la biografía", *Ayer*, 93, pp. 13-135.
- Burdiel, Isabel y Roy Foster, eds., (2015): *La historia biográfica en Europa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Burguera, Mónica (2018): "La estrategia biográfica. Gertrudis Gómez de Avellaneda y Carolina Coronado, románticas después del romanticismo", *Política y Sociedad*, 55 (1), pp. 43-69. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.5209/POSO.57897>.
- Burguera, Mónica (2023): "Ecos ilustrados, fantasías liberales, tintes católicos. Subjetividad, mujer y feminismo en la España del segundo tercio del siglo XIX" en Mónica Burguera y Gloria Espigado, *Saber y crear en femenino. Género, cultura y modernidad entre los siglos XVI-XX*, Granada, Comares, pp. 73-94.
- Cañas de Pablos, Alberto (2016): "Personificando la revolución. Espartero: carisma en la Revolución de 1840 y su llegada a la regencia", *Vínculos de Historia*, 5, pp. 270-289. Disponible en <https://doi.org/10.18239/vdh.v0i5.213>
- Cañas de Pablos, Alberto (2022): *Los generales políticos en Europa y América. Centauros carismáticos bajo la luz de Napoleón 1810-1870*, Madrid, Alianza.
- Connell, Raewyn (2005): *Masculinities*, Berkley, University of California Press, 2005
- De Castro, Concepción (1979): *La Revolución Liberal y los municipios españoles*, Madrid, Alianza.
- De la Fuente, Gregorio (2013): "La figura del general Espartero en el teatro decimonónico", *Historia y Política*, 29, pp. 103-138.
- Díaz Marín, Pedro (2006): "La construcción política de Espartero antes de su regencia, 1837-1840", *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 14, pp. 301-327. https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_Romant.2006.i14.16
- Díaz Marín, Pedro (2015): *La monarquía tutelada. El progresismo durante la regencia de Espartero (1840-1843)*, Alicante, Universitat d'Alacant.
- Dos, Santos, Javier M. (2023): "Hombres al borde de un ataque de nervios: los diagnósticos de hipocondría y la histeria masculina C. 1800-1850" en Darina Martykánová y Marie Wallin, eds., *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 119-148.
- Dudink, Stefan y Karen Hagemann (2004): "Masculinity in politics and war in the age of democratic revolutions 1750-1850" en Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh eds., *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*, Manchester, Manchester University Press, pp. 3-21.
- Dudink, Stefan, Karen Hagemann y John Tosh, eds., (2004): *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*, Manchester, Manchester University Press.
- Flaquer, Rafael (2007): "Ciudadanía civil y ciudadanía política en el siglo XIX: el sufragio" en Manuel Pérez Ledesma, ed., *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 59-102.
- Fuentes, Juan Francisco (2006): "Progreso y clase media en la España liberal", en Manuel Suárez Cortina, *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 291-314.
- Garrido Muro, Luis (2016): *Guerra y Paz. Espartero durante la regencia de María Cristina*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Garrido Muro, Luis (2019): "La nación de los progresistas españoles: soberanía, libertad e historia (1833-1868)", en Felipe Gómez Ochoa y Manuel Suárez Cortina, eds., *Hacer naciones: Europa del Sur y América Latina en el siglo XIX*, Editorial de la Universidad de Cantabria, Cantabria.

- Ginger, Andrew (2008): "¿Un Yo moderno para España? C. 1830-C. 1860" en Alda Blanco y Guy Thomson (eds.), *Visiones del liberalismo. Política identidad y cultura en la España del siglo XIX*, Valencia, Prensas Universitat de València.
- Hunt, Lynn (1992): *The Family Romance of the French Revolution*, Los Angeles, University of California Press
- Inarejos, Juan Antonio (2013): "El aura del general Espartero. Construcción, deconstrucción y apropiación de los perfiles carismáticos de un prohombre", *Historia y Política*, 30, pp. 205-223.
- Landes, Joan B. (2001): *Visualizing the Nation. Gender, Representation and Revolution in Eighteenth century France*, Ithaca and London, Cornell University Press.
- Landes, Joan B. (2004), "Republican citizenship and heterosocial desire: concepts of masculinity in Revolutionary France", en Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh eds., *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*, Manchester, Manchester University Press, pp. 96-115.
- Martykánová, Darina (2017): "Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890-1910)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39, pp. 19-37. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.56264>
- Mínguez, Raúl (2022): "¿Curas viriles? El padre Claret y la masculinidad sacerdotal en la España del siglo XIX" *Ayer*, 126, pp. 159-185 Disponible en: <https://doi.org/10.55509/ayer/811>
- Moliner Prada, Antonio (1997): *Revolución burguesa y movimiento juntero en España*, Madrid, Milenio.
- Mosse, George (2001): *La imagen del hombre. La creación de la masculinidad moderna*, Madrid, Talasa.
- Ngaire, Jennifer (2005), *The Family and the Nation. Gender and Citizenship in Revolutionary France, 1789-1830*, Ithaca, Cornell University Press.
- Pan Montojo, Juan (2006): "El progresismo isabelino", en Manuel Suárez Cortina, *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 183-208.
- Pérez Núñez, Javier (1996): "Los debates parlamentarios de la ley municipal de 1840", *Revista de Estudios Políticos*, 93, pp. 273-291.
- Pérez, Núñez, Javier (2014): "La Revolución de 1840: la culminación del Madrid progresista", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, pp. 141-164. Disponible en https://doi.org/10.5209/rev_CHCO.2014.v36.46685
- Peyrou, Florencia (2007): "Demócratas y republicanos. La movilización por la ciudadanía universal" en Manuel Pérez Ledesma, ed., *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 193-222.
- Peyrou, Florencia (2008): *Tribunos del Pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Peyrou, Florencia (2011): "Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino", *Historia y Política*, 25, pp. 149-174.
- Peyrou, Florencia (2019): "A vueltas con las dos esferas. Una revisión bibliográfica", *Historia y Política*, 42, pp. 359-385. Disponible en: <https://doi.org/10.18042/hp.42.13>
- Porciani, Ilaria (2006): "Famiglia e nazione nel lungo Ottocento" en Ilaria Porciani ed., *Famiglia e nazione nel lungo Ottocento italiano. Modelli, strategie, reti di relazioni*, Roma, Viella, pp. 15-54.
- Roca, Jordi (2023): "Los liberales: del funeral cívico al republicano durante la Revolución" en Pedro Rújula y Pierre Géral, eds., *Los funerales políticos en la España contemporánea. Cultura del duelo y usos públicos de la muerte*, Zaragoza, PUZ.
- Romeo, M^a Cruz (1998): "Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845", *Ayer*, 29, pp. 37-62.
- Romeo, M^a Cruz (2014): "Domesticidad y política. Las relaciones de género en la Sociedad posrevolucionaria", en M^a Cruz Romeo y María Sierra, eds., *La España Liberal: 1833-1874*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-PUZ, pp. 89-130.

- Romeo, M^a Cruz (2023): "El otro género de la religión: masculinidad católica en la España isabelina" en Inmaculada Blasco Herraz, ed., *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: Nuevas visiones desde la Historia*, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 69-91.
- Scott, Joan W. (2006): "El Eco de la fantasía, la historia y la construcción de la identidad", *Ayer*, 62, pp. 111-138.
- Shubert, Adrián (2016): *Espartero, el Pacificador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Sierra, María (2007): "Electores y ciudadanos en los proyectos políticos del liberalismo moderado y progresista" en Manuel Pérez Ledesma, *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 103-134.
- Sierra, María (2012): "Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)", *Historia y Política*, 27, pp. 203-226.
- Sierra, María (2013): *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, IFC.
- Sierra, María (2015) "Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica" *Rúbrica Contemporánea*, 4 (7), pp. 11-25. Disponible en <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.85>
- Sierra, María (2015): "Las fuentes del yo íntimo. Biografía y virilidades románticas" en Isabel Burdiel y Roy Foster, eds., *La historia biográfica. Nuevas perspectivas*, Zaragoza, IFC, pp. 241-260.
- Smith, Carroll (2004): "The republican gentlemen: the race to rhetorical stability in the United States" en Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh, eds., *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*, Manchester, Manchester University Press, pp. 61-76.
- Tosh, John (2004): "Hegemonic masculinity and the history of gender", en Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh, eds., *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*, Manchester, Manchester University Press, pp. 41-60
- Tosh, John (2005): *Manliness and Masculinity in Nineteenth Century Britain*, London, Routledge.
- Tosh, John (2007): *A Man's Place. Masculinity and the Middle Class Home in Victorian England*, London, Yale University Press.
- Veiga Alonso, Xose Ramón (2023): *Juana de Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872)*, Madrid, Marcial Pons.
- Zúñiga, Javier y Daniel Aquillué (2024): "«El solitario de Logroño». Política, redes y autopercepción de Baldomero Espartero a través de la correspondencia con el círculo esparterista catalán (1856-1870)», *BERCEO*, 18, pp. 83-102.
- Zurita, Rafael (2014): "El progresismo. Héroes e historia de la nación liberal" en M^a Cruz Romeo y María Sierra, eds., *La España Liberal: 1833-1874*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-PUZ.